

Javier Palacio Elola

\$UPERFICIAL

Los ricos también mueren

EC.O
EdicionesCivicas.O

I

«¡No debería haberme puesto estas sandalias!»

Hacía un buen rato que Suzanne Brewster había dejado de apellidarse así y, en vez de escuchar a los abogados, solo podía pensar en cómo era posible que unos zapatos de ochocientos dólares le estuvieran destrozando los pies. En mitad de su ensimismamiento, la voz del juez la devolvió al mundo real.

—Señora Brewster, ¿acepta usted la cantidad fijada por el abogado de su marido?

—¡Ni borracha! ¡Es un disparate! Ya me ha chuleado bastante y ni siquiera ha sido capaz de cumplir con sus obligaciones conyugales, así que un millón de dólares es mi última oferta. O lo toma o lo deja, no pienso pagarle más.

Suzanne se retocó el brillo de labios y miró su melena rubia en el espejo. Cada onda estaba en su sitio. Guardó la polvera y alisó su impecable vestido blanco de *Yves Saint Laurent*. Con los disgustos había perdido un par de kilos, pero aun así no había conseguido bajar a la talla 38. Se asfixiaba en aquella sala de juntas oscura y mal ventilada.

El abogado de la familia resopló a punto de tirar la toalla. Frente a ellos, al otro lado de la gran mesa de caoba, Jack Brewster, una promesa del béisbol de veintiséis años, rubio, musculoso y con cara de niño, cuchicheaba con su abogado.

—De acuerdo, mi cliente acepta esa cantidad.

Suspiró aliviada y sacó una resplandeciente pluma estilográfica de su bolso de *Prada*.

—¿Dónde coño tengo que firmar?

—Parece mentira que aún no lo sepas —Jack no soportaba verse humillado y quiso devolverle la pelota contraatacando con toda la artillería—. ¡Con lo bien que se te da esto de jugar a los matrimonios!

—Cariño, coge tu maldito millón de dólares y sal de mi vida. ¡Para siempre! —estampó su firma en el documento y se lo arrojó a la cara.

—Buen lanzamiento —respondió él cazándolo al vuelo—. Será un placer perderte de vista.

—Para mí también, señorita... Forrester —el juez carraspeó—. ¿Ese es su apellido de soltera, verdad?

—Sí, suelo utilizarlo entre marido y marido —cerró su bolso, lanzó un beso a su recién estrenado exmarido y salió dando un portazo.

Sus tacones resonaban en los peldaños de mármol mientras bajaba las escaleras de los Juzgados de Beverly Hills. Ahora las revistas tendrían carnaza para varios meses. Imaginó los titulares y se acordó de su pobre abuela. ¿Cómo iba a explicarle que, a sus veintinueve años, había abandonado a su tercer marido?

La matriarca de los Waytt era implacable e infundía un profundo temor entre los miembros de su familia. Suzanne no la tenía por una abuelita risueña y cariñosa ya que, lejos de parecerse a la dulce figura de los cuentos, Sophie Waytt era todo lo contrario. Dirigía su imperio de forma despótica y era más exigente con sus hijos que con sus trabajadores.

Su nieta no tenía valor para contarle que este nuevo matrimonio también había fracasado. Y debía hacerlo pronto porque solo era cuestión de tiempo que los

periódicos deportivos se hicieran eco del divorcio de Jack Brewster.

Suzie sacó su pitillera y pensó en su nueva vida. ¿Con quién iba a discutir ahora? Encendió un cigarro, se colocó unas enormes gafas de sol de *Christian Dior* y salió a la calle.

—¡Sorpresa! —su primo Andrew se encaramó en el descapotable de Suzanne y descorchó una botella de *Moët & Chandon*.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? —preguntó al ver también a Amanda, una escultural belleza afroamericana que por aquel entonces era su mejor amiga de turno—. ¿Y por qué no hay ningún fotógrafo?

—Hemos venido a celebrar tu soltería —el chico llenaba tres copas desparramando todo el champagne sobre el asiento del coche—. Cada vez te duran menos, ¿eh?

—¡Ni me hables! Este me ha costado un millón de dólares. Andy, ¿te importaría tener cuidado con la tapicería? Es de cuero y el *Mercedes* es lo único que he podido salvar. Ese cabrón se ha quedado con todo.

—¿Qué hijo de puta! —Amanda levantó su copa—. Por Suzie, que acaba de mandar a la mierda a su tercer marido. ¿Qué planes tienes ahora?

—Irme de vacaciones.

Suzanne bebió un trago y Andrew le sirvió más champagne.

—¿Por qué no nos vamos a Santorini? ¿O a Ibiza?

—Suzie, he visto antes esa mirada y no me gusta. Amanda le dio un codazo al chico y ambos bebieron.

—Tranquilos, estoy bien. No pienso quemarle el coche, ni la casa, ni la ropa. Eso ya lo hice con mi segundo marido.

—Lo sé. Yo estaba allí y me detuvieron por tu culpa, ¿recuerdas?

—Andy, te pillaron fumando hierba.

—¡Después de incendiar el *Porsche* de Philippe! ¡Y fue idea tuya!

—Por eso pagué tu fianza.

—Suzie, al grano. ¿Qué tramas? —Amanda se temía lo peor—. Vas a volver a instalarte en mi apartamento, ¿verdad?

—No lo había pensado pero ya que sacas el tema... ¡Sí! Será como en los viejos tiempos, cuando íbamos a la universidad.

—Me lo imaginaba —dijo sin ningún entusiasmo.

—Voy a recoger mis baúles, así que hazme sitio en la habitación de invitados.

—¿Por qué no vuelves a casa de tu madre?

—Andy, cambia de camello porque lo que te pasa es mierda. ¿Qué se me ha perdido a mí en Santa Bárbara? Yo adoro Los Ángeles. Pero tienes razón en lo que has dicho sobre las vacaciones. ¿Y si nos vamos a pasar el verano a Morrow Bay?

—¿Por qué? —la sonrisa de su primo se transformó en una mueca de preocupación—. Tú odias ese lugar.

—Necesito desaparecer un tiempo. Esta ciudad es demasiado pequeña para los dos. No quiero encontrarme con Jack en cada club o restaurante al que vaya.

—Por mí de acuerdo —aceptó Amanda—. Ahora no trabajo y estoy sin blanca. Si le has dado un millón a tu ex por aguantarte cinco meses, a mí que llevo soportándote diez años, me debes unas vacaciones con todos los gastos pagados en la casa de verano de los Forrester. Y por cierto, si vas a vivir conmigo pagarás la mitad del alquiler.

—Amanda, sabía que podía contar contigo. Y tú, Andy, ¿vendrás?

—Sin problema. Tengo que ir de todas formas porque se lo prometí a Melanie.

—¿Te he dicho ya que esa chica no te pega nada?

—Suzie, acabas de deshacerte de tu tercer marido. No eres la más adecuada para dar consejos.

—Lo siento, Andy, a mí tampoco me gusta tu novia.

—Amanda, ¡tú ni siquiera la conoces!

—Seguro que es la típica paleta de pueblo, rodeada de ganado y con un pésimo gusto para la ropa.

—Eso último es cierto —Suzanne alzó su copa para proponer un brindis—. ¿Cuándo nos vamos?

—Tengo que hacer las maletas, quedar con mi camello... —el joven repasó mentalmente todos sus compromisos.

—No hay tiempo. Recógenos esta tarde a las cuatro en el apartamento de Amanda.

El chico apuró la bebida, saltó del coche de Suzanne y cruzó la calle.

—Os recogeré a las cuatro y media. Y si no estáis listas, me iré sin vosotras —se puso las gafas de sol y arrancó el motor de su *BMW* descapotable—. ¡Amanda, suerte con tu nueva inquilina! No sabes lo afortunada que eres, es tan limpia y ordenada... —aceleró y salió derrapando por Burton Way.

—¿Lo dice en serio? No te recuerdo muy ordenada cuando vivíamos juntas. ¿Ya has aprendido a poner la lavadora?

—¿Perdona?

—No importa, te ocuparás de limpiar la casa y fregar los platos.

—No he cogido una escoba en mi vida. ¿Cómo iba a tener, si no, estas uñas tan maravillosas? —estiró los dedos y, al ver el desastre, comprobó que debía retocar su manicura francesa—. Por cierto, ¿tú no tenías lavavajillas?

Amanda arqueó las cejas y subió al coche.

—Sí, y era muy práctico, pero alguien con unas uñas maravillosas le puso detergente y lo estropeó. Así que fregarás los platos. Y ahora arranca antes de que me arrepienta de llevarte a mi casa.

Andrew Waytt vivía en Holmby Hills, en una elegante mansión de estilo sureño revestida de ladrillo rojo con un pórtico flanqueado por columnas blancas. Había intentado buscar un apartamento a su medida, pero cuando se crece en una mansión con treinta habitaciones y dieciséis cuartos de baño, todo lo demás resulta claustrofóbico e inhóspito, de modo que aún vivía con sus padres.

Detuvo el descapotable azul y esperó a que la gran verja se abriese lentamente, después aceleró y entró en la vasta propiedad de los Waytt. Mientras atravesaba el bosque que conducía hasta la casa, pensó que también él necesitaba desaparecer una temporada de Los Ángeles. Su tren de vida empezaba a pasarle factura y se sentía algo cansado.

Cuando llegó a la explanada en la que se levantaba la mansión, bordeó el jardín y entró por la puerta de atrás para no ser visto. Le dio un beso a la cocinera y subió sigilosamente a su habitación por la escalera de servicio. En el largo pasillo de la primera planta solo había una doncella limpiando un espejo. Caminó de puntillas bajo la atenta mirada de varias esculturas que le observaban desde sus pedestales y puso su dedo índice en los labios

de la empleada para que no abriera la boca. Giró el picaporte sin hacer ruido y entró en su dormitorio.

—Ya era hora. Hoy tampoco has dormido en casa.

Su madre le esperaba sentada en una butaca ojeando el último número de *Vanity Fair*.

—Hola mamá —se pasó la mano por el flequillo, como cada vez que se ponía nervioso. Un gesto que le había hecho perder mucho dinero al póker—. ¿Qué haces aquí?

—Sabía que tarde o temprano volverías para cambiarte de ropa. Tenemos que hablar.

—No puedo, me voy a Morrow Bay con Suzie y su amiga Amanda.

—¿Cuándo?

—Después de comer —se metió en el vestidor y sacó dos maletas.

—Pero no puedes vivir allí. La casa del acantilado lleva años cerrada, tardarás semanas en acondicionarla.

—Aclárame una cosa, ¿no te gusta esa casa porque no te gusta Morrow Bay o porque no te gusta adentrarte en los dominios de la abuela? Mi novia vive allí, ¿recuerdas? Así que me voy.

—Es precisamente de tu abuela Sophie de quien quería hablarte. Tu padre ha hablado con ella y empezará a trabajar en *Waytt Broadcasting Television* en septiembre. Te guste o no, esta casa no es un hotel, así que tendrás que hacer algo con tu vida.

—No me apetece mucho trabajar con la abuela. Me gustaría conseguir un empleo por mí mismo.

—Tienes veintinueve años, creo que has tenido tiempo de sobra para intentarlo. Con ese currículum tuyo de experto en nada no conseguirás trabajo en ninguna parte.

—Estudié Periodismo en Oxford y tengo varios másteres...

—Tu padre y yo pagamos durante años tus estudios y tus juergas en Inglaterra. Lo recuerdo perfectamente. ¡La cuestión es si lo recuerdas tú!

—Vagamente, pero mis fiestas aún son una leyenda en el campus. No voy a aceptar ese trabajo.

—¿Cómo vas a decidir sobre tu vida si ni siquiera sabes hacer una maleta? Espera, te ayudaré.

Era la Jackie Kennedy del clan de los Waytt. Stephanie Belafonte-Holden siempre vestía de forma impecable con su colección de trajes de chaqueta de *Chanel* y collares de perlas alrededor del cuello. La madre de Andrew era hija de un importante aristócrata naviero que poseía un majestuoso castillo de piedra en mitad de Northamptonshire. Pasó toda su infancia en Inglaterra donde recibió una educación exquisita, relacionándose con la realeza y las mejores familias de la alta sociedad, pero no había conseguido hacer carrera de su único hijo.

Stephanie conoció a John James Waytt en la Universidad de Harvard y durante los primeros años de su matrimonio vivieron felices en Morrow Bay. Desgraciadamente, pronto descubrió que allí jamás podría escapar del control de su suegra Sophie, así que un buen día hizo las maletas, cogió a su marido, a su hijo recién nacido y cerró para siempre la casa con vistas al mar que habían construido sobre el acantilado.

Sacó las camisetas que su hijo lanzaba dentro de la maleta y las dobló cuidadosamente.

—Ahora, coloca encima las camisetas.

—Por favor, mamá, díselo tú. ¿Por qué no me ha puesto al frente de cualquier empresa del holding de *Waytt Industries* como hizo con papá y los tíos? No quiero

trabajar en WBTV. Todo el mundo sabe quién soy, me tratarán como a un apestado y dirán que mi abuela me ha conseguido el empleo.

—Es que tu abuela te ha conseguido el empleo. Un puesto de reportero en el *morning show*.

—¿Encima quiere que me coma la porquería de la calle? Seguro que me paga una miseria.

—Así nadie te llamará enchufado. Empiezas en septiembre, de modo que disfruta del verano porque son tus últimas vacaciones. Se acabó esta vida de excesos y descontrol que llevas.

—¿No exageras un poco?

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, tus días de *playboy* se han terminado.

—Mamá, no me apetece discutir.

—No voy a discutir. Creo que ya va siendo hora de que dejes las partidas de póker, las carreras de caballos, las noches de borrachera, los romances en las revistas y los escándalos en barco.

—¿Qué hay de malo en divertirse un poco?

—¿Qué clase de diversión te produce ser detenido por conducir bajo los efectos del alcohol y las drogas? ¿Me lo puedes explicar?

—Eso ya es historia. Diles que no lo haré.

—Ya que te marchas a Morrow Bay, ve a visitar a tu abuela cuando se instale en su residencia de verano y cuéntaselo tú mismo. Sabes tan bien como yo que Sophie Waytt no acepta un no por respuesta. Parece mentira que no la conozcas.

—No consigo cerrar esta maleta. ¿Tú cómo lo llevas, Suzie?

—Estoy en duda, no sé si llevarme el vestido negro de *Dolce* o el azul de *Gucci*.

Habían vivido juntas cuando estudiaron en Yale y Amanda sabía perfectamente que Suzanne no era una compañera de piso modélica.

—¡Pues llévate los dos! —gritó desde su habitación—. Esto no ha sido una buena idea —murmuró—. Lo presiento.

—Es que tengo que meter todos los zapatos y no me queda sitio.

—Pues en mi maleta no pretendas guardar nada más.

—¿Has visto mis sandalias doradas de *Jimmy Choo*?

—¿Las que te regalamos por tu cumpleaños?

—Sí. ¿Cómo puedes vivir aquí? No hay sitio para nada...

—Porque tú has invadido mi salón con todas esas cajas y baúles —cerró su maleta de golpe y fue al cuarto de invitados donde Suzanne trataba de instalarse sin éxito.

—¡No encuentro nada! Me voy a volver loca. ¿Dónde está mi falda de *Donna Karan*?

—¿Qué haces? —Amanda chilló horrorizada al ver el dormitorio cubierto por toda la ropa de Suzanne, cajas de zapatos en el suelo, vestidos encima de la cama y pantalones, blusas y camisetas sobre el tocador—. Esto parece la planta de saldos de unos grandes almacenes. Recógelo antes de que llegue tu primo.

—Estoy en plena mudanza y además trato de encontrar la ropa de verano para meterla en las maletas que acabo de vaciar. Necesito ayuda, ve a tu armario y trae mi vaquero desgastado de *Calvin Klein*.

—¿Estás guardando tu ropa en mi armario?

—Claro. En esta mierda de piso no entran mis cosas. ¿Sabes que tu salón es como el vestidor que compartía con Jack?

—Voy a respirar hondo y cuando vuelva con tu vaquero no quiero ver nada de esto. ¿De acuerdo?

—Entonces me lo llevaré todo —cogió los montones de ropa y los apretó dentro de su juego de viaje de *Vuitton*. Apiló una maleta sobre otra en el suelo y se sentó agotada en una silla—. ¡Mira dónde estaba mi falda! —tiro de ella y la lanzó sobre la cama.

Amanda entró en la habitación y colgó el vaquero en una percha.

—Qué rapidez, esto ya es otra cosa. ¿Estás lista? Andy tiene que estar a punto de llegar.

Andrew reguló el espejo hasta que vio su cara reflejada en el retrovisor. El flequillo engominado estaba en su sitio y el afeitado era perfecto. Sabía que su belleza natural residía en aquella imponente mandíbula cuadrada y en sus grandes ojos azules. Salió del coche y entró en el edificio de apartamentos de Oakwood Avenue donde vivía la amiga de su prima. En la piscina del patio interior había dos chicas rubias que flotaban sobre unas llamativas colchonetas mientras tomaban el sol y le hicieron una radiografía instantánea. Él sonrió dejando visibles sus dientes blancos perfectamente alineados y se quitó las gafas de sol de *Gucci*.

—Busco a una chica afroamericana, Amanda Hooke. ¿Sabéis dónde vive?

—En el número seis —respondió una de ellas—. Al final de esa escalera.

—Muchas gracias. Qué bien lo estáis pasando en el agua con este calor...

—¿Quieres darte un baño? —le preguntó la otra chica.

—Tengo algo de prisa pero ahora que sé dónde vivís, tal vez visite a Amanda más a menudo.

—Oye, ¿tú no salías con esa actriz a la que pillaron desnuda en un yate en Bora Bora?

El chico se colocó las gafas de sol rápidamente. Empezaba a molestarle perder su intimidad por culpa de las revistas de cotilleos. Subió las escaleras y golpeó la puerta con los nudillos.

—Bienvenido a la pocilga en la que tu prima ha convertido mi casa.

—Te lo dije. ¿Cómo puede haber sido tan rápida esta vez? ¡Solo lleva contigo cuatro horas!

—Y todavía anda por ahí, escogiendo sus trapos de marca. Yo ya he terminado.

—Perfecto. Dame tu equipaje y así lo voy bajando al coche.

—Son esas dos maletas.

—¡Andrew! —gritó Suzanne desde algún lugar del apartamento—. Acabo de hablar con la prima Julie por teléfono. Hace tanto que no nos vemos que la he invitado a venir con nosotros. Será como en los viejos tiempos —le dijo entusiasmada arrastrando la torre de maletas *vintage* por el pasillo.

—¿Julie? ¡Genial! Un momento... Todo no entra en mi coche.

—Ya verás cómo sí. Julie me ha llamado para preguntarme por el divorcio. Ella también cree que un millón de dólares es excesivo, pero quería quitarme a Jack de encima cuanto antes. Así ya tiene todo el tiempo

del mundo para dedicárselo al béisbol, que es con quien debió haberse casado. ¿Dónde vas con eso?

—Son las maletas de Amanda.

—Sí, ya sé que son de Amanda. Apestan a plástico barato desde que las ha subido del trastero. Tíralas escaleras abajo y que vayan rodando. Ocupate de las mías, acabo de hacerme las uñas.

—¿Cuál de ellas? ¿La de los vestidos o la de los zapatos?

—¡Sois iguales! —Amanda los escuchaba desde su dormitorio—. Esto va a ser un infierno... ¡Y todavía falta otra Waytt! ¡Menudas vacaciones! ¿Por qué habré dicho que sí tan rápido?

—Porque quieres animar a tu mejor amiga, que intenta dejar atrás un matrimonio fraudulento al averiguar que su marido es gay.

—¿Es gay? —Amanda salió de la habitación y se quedó plantada en mitad de la puerta.

—¡Sí! Pero se supone que es un secreto porque si esto se sabe, puede acabar con su prometedora carrera y está en juego su contrato con los Dodgers.

—Explícame una cosa, ¿le guardas el secreto a un capullo que te ha utilizado como tapadera y que además te ha pedido cinco millones de dólares como indemnización por divorciarte de él?

—Es que Jack no quería concederme el divorcio. Me dijo que jamás firmaría esos papeles. Se jugaba mucho y era demasiado importante para él que nuestra farsa siguiera adelante. Tuve que ofrecerle dinero para que me dejara en paz. Y ahora estoy sola, sin marido, sin casa en Malibú... y sin sexo —rompió a llorar desconsoladamente mientras se dejaba caer en el sofá.

—Yo voy bajando vuestras cosas.

Andrew necesitaba un par de minutos para asimilar toda aquella información. Antes de marcharse, lanzó una mirada a Amanda y le susurró desde la puerta:

—Dale un zumo de tomate cargadito de vodka, siempre la anima. Parece muy entera, pero termina derrumbándose. A mí me tocó su segundo divorcio, este te lo comes tú. ¡Enterito!

Cerró el maletero de su coche y, al volver al patio, se detuvo de nuevo en la piscina para hacer tiempo y esperar a que su prima se calmase. En el agua solo quedaba una chica.

—¿Te has pensado mejor lo del baño? —le preguntó.

—No puedo, estoy esperando a unas amigas y tenemos previsto salir de viaje.

—Me llamo Karen. Apartamento número tres.

—Encantado, Karen, yo soy Andrew. ¿Dónde ha ido tu amiga?

—¿Laura? Tenía un casting. Vino de Wyoming para ser actriz, pero de momento solo es camarera.

Andrew sintió que la conversación no iba a prosperar y decidió despedirse antes de cometer la estupidez de pedirle su número de teléfono. Subió los peldaños lentamente y se acercó a la puerta en silencio para calibrar la situación.

—...Y encima, esta había sido mi boda favorita. ¡Fue todo tan romántico!

—Cariño, es gay. Es lógico que fuera romántico. Ahora entiendo lo de su obsesión por Barbra Streisand.

—Le gustaba la música de los 80 —Suzanne se sonó la nariz con un fuerte estruendo y Andrew no pudo reprimir una sonrisa.

—Rubia natural, coge el neceser con tus cremas carísimas y vámonos. Si te dejo un minuto más con

Oprah terminarás convencíendote de que la culpa ha sido tuya —Amanda soltó una carcajada y le agarró con fuerza el moflete.

—¡Ahh! Venga, vámonos de una vez —el chico se frotó la mejilla dolorida—. Todavía tengo que recoger a Julie.

—Entonces será mejor que deje de llorar. No quiero que mi madre me vea así y Julie nos espera en mi casa. ¿Amanda te importa ir detrás? Tengo que arreglarme este estropicio de cara.

Tardaron algo más de una hora y media en llegar a Santa Bárbara. Durante el viaje, Suzanne les había contado las intrigas de su convivencia con Jack y los chicos estaban boquiabiertos. Un tercer matrimonio tan breve como el noviazgo no había hecho mella en su sentido del humor y aireaba los trapos sucios de su exmarido con todo lujo de detalles, teatralizando cada situación.

Andrew llegó a la finca de los Forrester en East Beach y aparcó frente a la fachada de ladrillo de la mansión. Su prima Julie y Monica, la madre de Suzanne, esperaban en el porche.

—Andy, ¿qué tal el viaje?

—Muy bien, Julie. Nos hemos reído mucho con las historias de Suzie. Tía Monica, estás guapísima.

—Muchas gracias, Andrew. Me ha dicho Sophie que vas a trabajar con nosotros en WBTV.

—Aún no he aceptado.

—Pero eres listo y sabes lo que te conviene.

—Mamá, no le agobies. Julie y yo tenemos todo el verano para convencerle.

—De acuerdo, no quiero presionarte, Andrew. Pasemos dentro a tomar café.

Entraron en la casa, atravesaron el espacioso hall de mármol donde se encontraba la escalera principal y siguieron a Monica Forrester hasta un pequeño salón azul decorado con tapices orientales.

—Amanda, ¿leche, azúcar?

—Leche, señora Forrester, muchas gracias.

—Os he preparado unas galletas para el viaje. Suzie, hija, ¿cuánto va a costarnos tu último marido?

—Bueno... hemos acordado una indemnización de un millón de dólares.

—¡Es tu tercera boda! Ya deberías conocer la existencia de algo que se llama acuerdo prematrimonial.

—Me casé por amor, no podía imaginar que terminaríamos divorciándonos.

—Ni siquiera habéis aguantado seis meses. ¿Sabes cómo se lo va a tomar tu abuela? Otro escándalo para la familia Waytt.

—Cambiemos de tema —propuso Andrew—. Julie, ¿lo tienes todo preparado?

—Sí, he dejado mis maletas en el guardarropa de la entrada. Mi padre me ha traído hace un rato para que no tuvieras que atravesar la ciudad. A esta hora se forman unos atascos terribles.

Julianne Elizabeth Waytt era hija de Jeremy, el hermano de Monica y John James. La mayor de los primos Waytt vivía en un apartamento en el centro de Santa Bárbara y, al contrario que Suzanne y Andrew, ella sí trabajaba. A sus treinta años, era productora de un exitoso *reality show* en WBTV.

—Me ha sorprendido que quieras volver a Morrow Bay después de tantos años, Suzie. Creí que no te gustaba.

—Y no me gusta, Julie. Aquella casa me trae malos recuerdos, pero necesito vacaciones y un recóndito pueblo pesquero es el lugar perfecto para esconderme de la prensa.

Monica le extendió una taza de café a su hija.

—La vieja casa de los Forrester está abandonada.

—Necesitaré un juego de llaves porque no conservo el mío. ¿Mamá, me dejas las tuyas?

—Voy a buscarlas.

Andrew rompió el silencio en cuanto su tía salió de la habitación.

—Creí que vendríaís conmigo a la casa del acantilado.

—Melanie estará deseando estar a solas contigo. Nosotras iremos a mi casa para dejaros más intimidad.

—¿No será duro volver allí?

—Tarde o temprano tendré que superarlo. Y no estaré sola, me llevo a Amanda y a Julie.

Su madre regresó con un manojito de llaves en la mano.

—Aquí están todas. Las de la casa, el garaje y el coche. Así podrás moverte por el pueblo libremente y Andrew no tendrá que hacer de chófer.

—Mamá, ¿qué harás en las próximas semanas?

—Voy a hacer un crucero por Hawaii con tus tíos Jeremy y Laura.

—Vaya, no tenía ni idea. Julie, no me has dicho nada por teléfono.

—¡Pero si no me has dejado abrir la boca!

—Creo que deberíamos irnos —Andrew miró su *Rolex* de plata y posó la taza sobre una pequeña mesita dorada—. Se hace tarde y tenemos otra hora y media por delante.

—Tened cuidado con el tráfico y no toméis el sol sin protección. Os he metido unas cuantas medicinas en una bolsa por si pasa algo. Suzie, cerrad bien puertas y ventanas por la noche. Andrew, pásate de vez en cuando por si necesitan algo y...

—¡Mamá, por favor! No es la primera vez que estamos solas en Morrow Bay.

—Tranquila, tía, yo cuidaré de ella —Julie cogió sus maletas y salió al jardín.

Monica Forrester era una mujer que se preocupaba en exceso. Al igual que a su hija, le gustaba ahogarse en un vaso de agua, pero esta vez tenía motivos para hacerlo. Permaneció un rato en la puerta, con el ceño fruncido, contemplando cómo el coche se alejaba hacia la carretera. No era fácil tranquilizarse después de lo que acaba de descubrir. Sintió un escalofrío y se frotó los brazos. En Morrow Bay estaban sucediendo cosas extrañas y el tormentoso pasado de su hija iba a estallarle en la cara.

II

Ya en la autopista, Andrew encendió la radio y Suzanne fue cambiando de dial hasta encontrar una canción que pudiera cantar.

—Sube el volumen —pidió Julie desde el asiento de atrás—. Esta canción me recuerda a las fiestas de Morrow Bay.

—Amanda, dame otra galleta.

—Suzie, te has comido ya cuatro. A este ritmo no podrás abrocharte el bikini.

—Tengo unas ganas de ver a Charlie... —suspiró Julie.

—¿Quién es Charlie? —Amanda estaba intrigada.

—El hermano pequeño de Mike —le explicó Suzanne—. Pero ese tío pasa de ti. ¿Por qué no te enrollas con Dan? La última vez no estuvo tan mal, ¿no?

—¡Suzie, espero que te atragantes! —su prima le lanzó una galleta desde atrás con tan mala suerte que le acertó en la cabeza.

—¡Mira, Julie, como me dé la vuelta te voy a meter tantas galletas en la boca que vas a estar tres días cagando pasas!

—Eso ha estado bien —Andrew extendió la palma de su mano y Suzanne la chocó en un divertido juego de palmadas y puños.

—Llevo años enamorada de él, a lo mejor este verano se decide a invitarme a salir —explicó Julie esperanzada.

—Amanda, ¿has quedado con tu amiguito Bobby?

—No hay nada entre nosotros, Andrew. Hemos estado juntos un par de veces y punto. Le conocí en la primera boda de Suzie.

—Ya, fue breve pero intenso.

—¿Te lo ha dicho ella? —apuntó a su amiga.

—Por supuesto.

—¡Suzie, yo te mato! ¿Por qué se lo has contado a Andy?

—No puedo borrar de mi cabeza la imagen de Bobby con tu bata de seda rosa la mañana después de mi primera boda —Suzanne trataba de justificarse, pero estalló en una gran carcajada—. ¡Tenía que contárselo a alguien!

—Sinceramente, me parece fatal que habléis de mi vida sexual. ¡Sobre todo cuando la tuya durante el último año ha sido inexistente!

—¿Lo dices porque me casé con un gay?

—¿Jack es gay? —Julie pegó un brinco en el asiento.

—¿Vais a estar así todo el viaje? Porque me doy la vuelta y volvemos a casa —amenazó Andrew.

—¿Renunciarías a pasar todo el verano sin ver a Melanie por las peleas de estas dos? —le retó Amanda.

—Es verdad, en la próxima gasolinera compraré tapones para los oídos.

Había pasado una hora desde que partieran de Santa Bárbara cuando el coche abandonó la autopista por la salida que llevaba a Morrow Bay. Treinta minutos después los cuatro chicos circulaban por la calle principal del pueblo.

—¡Ya estamos! ¿Os llevo a casa?

—Sí, por favor, no quiero que nadie me vea con esta pinta —dijo Suzanne.

—Pero si vas con tus trapitos caros —bromeó Amanda.

—Hay una cosa que se llama peinado. Consiste básicamente en hacer lo que tú no haces, o sea, arreglarse el pelo —se miró en el espejo—. ¡Con esta humedad parezco Diana Ross! *I'm coming out, I want the world to know, got to let it show...* —canturreó.

Julie respiró hondo y sintió la brisa en su cara.

—Este olor me recuerda al puerto, a las gaviotas, a los pescadores...

—Falta un mes para que empiecen los conciertos en la playa —calculó su primo.

—¿Qué vamos a hacer esta noche? —Suzanne recompuso su maquillaje en el espejo y jugó a hacer gestos con los labios.

—Se hace tarde, si queréis podemos cenar unas pizzas en mi casa —propuso su primo.

—¡Cómo ha decaído este lugar! Ya no hay ambiente ni en verano —comentó Julie.

Andrew atravesó el pueblo hasta la loma donde se levantaba la casa de los Forrester, un viejo caserón de estilo gótico con dos torreones, tejados puntiagudos y la fachada cubierta de flores color violeta, que había pertenecido a la familia del padre de Suzanne. El coche recorrió la carretera bordeando el palacete y se detuvo frente a la escalinata que conducía a la puerta principal.

—Nos organizamos un poco y dentro de una hora vamos a tu casa —Suzanne buscó el manojito de llaves en su bolso y comenzó a subir peldaños.

—De acuerdo. Yo voy a encargarme de la cena. Nada de anchoas para Amanda, ni queso para Julie. Si necesitáis algo, llamadme. Las maletas de Suzie son las más pesadas y me temo que las tendréis que subir entre

vosotras dos —dijo el chico señalando a su prima, que ya había entrado en la casa.

—No sé cómo lo hace pero siempre se escaquea. ¡Qué cara más dura! —Julie se mostró enfadada—. Venga, Amanda, coge las maletas de Suzie —le dio un beso a Andrew y se encaminó hacia la puerta de la casa.

—No me dejes sola con las dos reinonas, por favor.

—Lo siento Amanda, me parece que te han tomado por la criada. Buena suerte —con una suave palmadita en la espalda se despidió de ella y subió al coche.

—Al menos podías ayudarme con sus baúles.

—Es que he venido con pantalón blanco y no quiero ensuciarme —aceleró y dejó una nube de polvo que provocó la tos de Amanda.

—¡Creo que odio a todos los Waytt! —exclamó cargando con las maletas.

Entró en el hall y escuchó retumbar los bultos en toda la casa al soltarlos en el suelo.

—*¡Señorita Escarlata!* —gritó imitando la voz de la vieja criada de *Lo que el viento se llevó*—. Su equipaje está en el vestíbulo. Sepa usted que no pienso subirlo hasta sus aposentos —pero no obtuvo respuesta.

Curioseó a tientas por las diferentes habitaciones y un escalofrío recorrió su espalda. Los muebles estaban tapados con grandes sábanas que le daban a la casa un aspecto fantasmagórico. Solo quedaban visibles los cortinones de terciopelo, las estanterías polvorientas y las grandes lámparas de cristal. Allí no había ni rastro de las chicas. De pronto, la voz de Suzanne la asustó y dio un respingo.

—He ido al sótano a conectar el cuadro eléctrico. Ya podéis encender la luz.

—Ahora parece otra cosa, a oscuras era igual que la residencia de los *Monster* —comentó Amanda después de pulsar el interruptor—. ¿Esta es la casa en la que vivías con tu primer marido? No me extraña que no quisieras volver. Antes me ha parecido que alguna de estas sábanas tenía vida propia.

Andrew conducía deprisa por la serpenteante carretera que llevaba al acantilado, en el otro extremo del pueblo, donde en su día su padre había construido una mansión victoriana. El cielo se veía cada vez más oscuro y el viento mecía las copas de los árboles. Giró a la derecha y luego a la izquierda. Allí estaba, iluminada por la luz de la luna y protegida por un ejército de árboles y palmeras, custodiando la bahía desde lo alto de una colina.

Se bajó del descapotable, sacó el equipaje y subió los peldaños que daban al porche. Abrió la puerta y encendió las luces del hall y del salón. Dejó las dos grandes maletas blancas al pie de la escalera y cruzó el vestíbulo para dirigirse al cuarto de estar.

Decorada en estilo francés, con muebles claros y cortinas de seda de color azul, la casa de los Waytt era el escondite perfecto para Andrew. De pequeño pasaba largas temporadas allí con sus amigos pero, desde que salía con la hija del alcalde de Morrow Bay, aquel palacete se había convertido en su nidito de amor.

Levantó el auricular y marcó un número.

—Hola, mamá... Sí, he llegado bien. Ahora voy a preparar la cena... Hace viento, pero es agradable... Es que van a venir Suzanne, Amanda y Julie a cenar... Supongo que ya estarán tirándose los trastos a la cabeza... Apenas tres horas en total. No, no había mucho tráfico... Te lo prometo. Un beso, adiós.

Colgó y tecleó otro número de memoria:

—Buenas noches... Ya estoy aquí... Desde mi casa... Van a venir a cenar dentro de un rato... Sí, luego saldremos por ahí... A las doce y media en el Flamingo... Un beso. Te quiero.

Después de hablar con su novia, encargó varias pizzas, preparó la mesa del comedor y subió a deshacer el equipaje.

Cuando terminaron de colocar su ropa, Suzanne sacó del garaje el viejo *Jaguar* azul marino de su padre y llevó a las chicas a casa de Andrew.

—Tengo un hambre...

—Suzie, te has comido todas las galletas. ¡No puedes tener hambre!

—¿Qué vamos a hacer después de cenar? —Julie estaba ansiosa.

—No sé vosotras, pero yo me voy a ir de fiesta por ahí. Tengo que ver a Mike.

—¿Ya estamos con Mike? —su prima no salía de su asombro—. ¡Por el amor de Dios, Suzie, reacciona!

—¡Quiero un poco de diversión! Igual que tú con Charlie. Has estado todo el viaje hablando de él y nos hemos tenido que tragar tu repertorio.

—¡Pero yo no me he divorciado esta mañana! Además, lo mío con Charlie es diferente, yo estoy enamorada de él. Y tú persigues a Mike como una colegiala desde hace diez años sin haber conseguido que te haga el menor caso.

—¡No os soporto! —Amanda salió del coche a trompicones—. Voy a llamar a Bobby para tomar una copa con él más tarde.

Julie se acercó a la puerta y tocó el timbre.

—¿Somos *Los Ángeles de Andrew*! —anunció.

—Pasad. El repartidor ha llegado hace un rato y las pizzas están en su punto.

—Hemos traído vino de la bodega de los Forrester —dijo Suzanne, empujando a las otras dos para entrar la primera.

—¿Qué pasa aquí? —observó Andrew—. Os he dejado hace una hora, ¿y ya estáis enfadadas?

—Y una tarta casera de mi madre —Julie le enseñó la caja con el pastel.

—¡Adoro las tartas de tía Laura! —confesó él.

—Yo alucino con tus primas. ¡Alucino! El día menos pensado cojo mis cosas y me vengo a tu casa.

—No creo que a Melanie le importe. Pero no metas aquí dentro a Bobby, tengo la plata contada.

—¡Mentiroso! Por lo que me han contado, tu madre salió tan deprisa de Morrow Bay que olvidó cerrar la puerta con llave, pero estoy segura de que se llevó con ella todo lo que había de valor aquí —Amanda bromeaba dibujando una espiral en el aire con sus dedos.

—Doy fe de ello porque yo he visto esa plata en las fantásticas fiestas que organiza tía Stephanie en Beverly Hills —asintió Julie—. Y le he pedido que me la regale, es tan elegante...

—¿Queréis un aperitivo antes de cenar? —preguntó Andrew—. He descubierto que tengo latas de conservas. ¡Y aún no están caducadas!

—Saca lo que sea. Tu prima la rubia solo se calla cuando tiene comida en la boca.

—¡Julie, te estoy oyendo! —protestó Suzanne desde la cocina con el sacacorchos en la mano.

Se sentaron en la artesanal mesa de comedor y repartieron las porciones de pizza. Andrew encendió las

velas del juego de candelabros que había sobre el aparador para propiciar un ambiente tranquilo y relajado, pero su idea no salió como esperaba.

—¿A qué hora has quedado con Melanie? —le preguntó Julie.

—A las doce y media —respondió su primo.

—Entonces, podemos salir a las doce, ¿no? —calculó Amanda.

—Yo quiero pasar por casa a cambiarme.

—¿Otra vez? Suzie, es el tercer modelito del día.

—Amanda, deja que haga lo que quiera —intercedió Andrew—. Yo tampoco voy a salir con esta camisa, oliendo a salsa barbacoa.

—Se nota que sois de la misma familia —murmuró la chica.

—Quiero que Mike me vea espléndida esta noche.

—Seguro que hoy no sale —bromeó Julie.

—¡Cállate! ¿Crees que no va a salir? Chica, qué poco le conoces.

—Claro, se me olvidaba que tú eres su mejor amiga. ¡Sois uña y carne!

—Me lo cuenta todo.

—Creo que es al revés, eres tú quien se lo cuenta todo. ¡Y él te evita porque le aburres!

—¡Eso te lo acabas de inventar! Siempre que me ve hablamos durante horas.

—¡No me lo invento, me lo ha contado todo su hermano!

—¡Pero si tú no has cruzado más de diez palabras seguidas con Charlie en tu vida!

—¡Es una cuestión de confianza!

—Traeré el postre —anunció su primo.

—Voy contigo —Suzanne se levantó tras él.

—Tranquilízate —le dijo al verla entrar en la cocina—. Solo lo dice para molestarte.

—¡Sí, ya lo sé! Pero no me puedo controlar. Me da rabia que ella siempre tenga que quedar como la buena y yo como la mala. Ni que yo fuera una arrastrada y a ella se la rifasen todos los hombres del pueblo. La gran Julie lo sabe todo y siempre tiene razón. Además, no tengo la culpa de que Mike tenga más confianza conmigo que su hermano con ella.

Andrew nunca había sabido muy bien cómo poner paz entre sus dos primas. Él estaba acostumbrado a resolver sus diferencias a golpes, sobre todo cuando llevaba varias copas encima. Pero la relación amor-odio entre Suzanne y Julie era legendaria y, por mucho que se pelearan, al cabo de unos minutos volvían a comportarse como si nada, así que era mejor no entrometerse.

—Suzie, lleváis años persiguiendo a los hermanos Brighton. Creo que ya va siendo hora de parar la competición —dijo evitando soltar todos los platos sucios de golpe.

—Fui yo quien estuvo cuatro años viviendo en Morrow Bay cuando me casé con Stan y te recuerdo que Mike y Charlie eran sus mejores amigos. Les conozco bastante mejor que ella. ¡De hecho, yo se los presenté!

Suzanne vio su bolso en la mesa de la cocina y sacó un frasco de pastillas. Puso dos en su mano y las tragó con un vaso de agua.

—¡Me ha puesto histérica!

—¿Todavía las tomas?

—Me ayudan a sobrellevarlo.

—Al principio era por Stanley, después por Philippe, me imagino que ahora las tomarás por Jack. El caso es que nunca te deshaces de esa porquería.

—Ya hemos hablado de esto, Andy.

—¿Sigues tomando también somníferos?

—Sí.

—¿Por qué no dejas que te ayudemos? Conozco un sitio...

—No estoy enganchada. Solo las tomo cuando tengo alguna crisis y no voy a permitir que me encierren en uno de esos hospitales como ha hecho tío John James contigo.

Andrew sacó la tarta del frigorífico y se apoyó en la puerta.

—Las cosas no son blancas o negras.

—¿Vas a decirme que te gustaba ese manicomio para superar tu adicción a la cocaína?

—Pues hace meses que estoy limpio. La Clínica Promises no es como el Waldorf Astoria, pero creo que podrían ayudarte a dejar los tranquilizantes.

—Lo superaría sola si Julie bajase las armas —cogió los platos de postre y sonrió a su primo.

—Volvamos con el resto —Andrew agarró a Suzanne por encima del hombro y salieron de la cocina.

En el comedor las otras dos chicas esperaban en silencio.

—Olvidemos esta estúpida discusión —propuso Amanda con gesto pacificador.

—Sí, creo que necesito más vino —respondió Julie.

Suzanne repartió los platos de postre con displicencia.

—Yo también.

—Suzie, ¿no prefieres agua? —al él le preocupaba la facilidad con la que su prima ingería cualquier pastilla con alcohol.

—No, gracias, Andy. Me tomaré otra copa de nuestro *Chardonnay*.

—Bueno. Por nosotros, por este verano y por la nueva vida de Suzie.

—Gracias, querido, pero este discurso lo tengo muy oído, te recuerdo que es mi tercer divorcio. Prefiero brindar por tu nuevo empleo en WBTV, por los romances de verano... y por ser la primera de las primas Waytt que se lleve a la cama a uno de los Brighton.

—¡Te odio! —murmuró Julie mientras bebía el vino lentamente de su copa.

Después de varias semanas sin verse, Andrew por fin había quedado con su novia, que pretendía instalarse en la casa del acantilado esa misma noche. Aprovechó el momento en que las chicas recogían la mesa para ponerse una camisa limpia y retocar su peinado.

El reloj de la torre de la iglesia acababa de marcar las doce y media cuando cruzó la puerta del Flamingo. Buscó a Melanie con la vista y le pareció verla bailando con sus amigas al fondo del bar. Atravesó el local abriéndose paso entre la gente y consiguió llegar hasta donde estaba. Le tapo los ojos con sus manos y la jovencita se dio inmediatamente la vuelta.

—¡Andy, mi amor!

—Te he echado de menos —confesó rodeando la cintura de Melanie con sus brazos—. ¿Qué tal todo por aquí?

Ella se puso seria.

—Prefiero contártelo más tarde. Ahora vamos a bailar, hace semanas que no te veo y tenía tantas ganas de besarte...

—Espera, espera, espera... ¿A qué viene esa cara?

—Ahora no, Andy, por favor.

—¿Qué le pasa a todo el mundo esta noche? Por cierto, ¿te has dado cuenta de que el pueblo está vacío? ¿Ya no hay veraneantes?

—Es algo difícil de explicar. ¿Te acuerdas de Ann Seymour?

—Sí, su padre es el dueño de los grandes almacenes de Morrow Bay. Salimos juntos hace unos cuantos años.

—Apareció muerta en la tienda la semana pasada.

—¿Muerta?

—La han asesinado.